YERRO

ESTELA MELERO BERMEJO

YERRO



Estela
Melero Bermejo

Título: YERRO

Autora: Estela Melero Bermejo

Valencia, 2024

A ti, Cenicienta sin reloj:

Con tu mirada triste apagas mil fuegos,

con tu sonrisa mordida despiertas infiernos.

Cenicienta sin reloj,

permaneces en el baile más allá de las doce,

sabiendo que madrastra te espera con severo castigo.

A ti, Cenicienta, que no temes morir abrasada,

que te mueves entre las sombras atrayendo demonios.

A ti, Cenicienta sin reloj, te pido, que mires, rías, bailes y abrases;

este baile te pertenece solo a ti.



1

Un viento frío y seco azota los girasoles con la rabia de quien ha estado encerrado un verano entero. Las tortas, cargadas de pipas, apenas pueden levantar la cabeza hacia el astro que les da nombre. Sus pétalos dorados se agitan temblorosos, vencidos ante la fuerza que decapitará lo que durante tanto tiempo han protegido. Solo unas semanas más y la cosecha se hubiera salvado.

Los caminos pedregosos llenan de calor el cuerpo de Isaías, que vislumbra esas primeras casas encaladas, abandonadas al paso del tiempo.

El aire trae olor a tierra mojada, es el presagio de lo que está a punto de ocurrir, de lo que viene por los labrantíos y llegará al pueblo.

Extiende los ojos sobre el campo infinito, reconoce cada sembrado, cada era.

Entra despacio a las primeras calles y baja las ventanillas, impregnándose del aroma a humo de leña, a fuego y a hogar. Se dirige hasta la plaza principal, la protagonista, la que relegó a un segundo plano a otras que quisieron serlo. Reconoce las casas de unos y de otros, se pregunta quién estará, cuánto hará que algunos no visitan, como él, ese lugar que los vio nacer.

Algunas viviendas le resultan ajenas, por nuevas, otras son como su segundo hogar. Siente ganas de volver a la infancia, al café con pan sobre el tapete de hule con algún amigo. A los juegos de vaqueros, de militares o de piedras y hondas. Al atadillo de libros dejado en el suelo y a la reprimenda de su madre por no ir directo a casa. A las sandalias de cuero recio con calcetín remendado y a la colonia a granel. A las hogazas de pan, tiernas el primer día cuando acompañaba a su madre a la tahona a que las cocieran

tras haberlas amasado en casa, duras una semana después, deliciosas siempre. A la onza de chocolate que le dejaba el Ratoncito Pérez. A la pobreza que agudizaba el ingenio, convirtiendo en un valioso juguete un palo, una caja, un guijarro o varios, la nieve en invierno y los cardos en verano. Una muñeca de cartón para las niñas y, con suerte, una de trapo cuando aprendían a coser. Caldo para comer y tocino en la cena. Los sabañones causados por el ansia de entrar en calor frente a la chimenea. Y un terrón de azúcar que te regalaba la dueña de la tienda por ayudarle a servir la fruta. La colleja de su madre. Por esto. Por lo otro. La promesa de no volverlo a hacer y la necesidad desbordada de repetirlo. Matar gorriones con un tirachinas, o con la escopeta de perdigones que el más mayor había cogido a su padre. Un pequeño fuego junto al que los desplumaban. Una brocheta de madera de olivo, de almendro, de lo que hubiera, y un manjar.

Toma la calle que lleva a su casa y la ve. Madre. Los brazos arremangados, en jarras, el mandil amarrándole la cintura, las piernas desnudas bajo la falda pese al frío. Y su sonrisa de siempre, pero enmarcada con más arrugas, que también se apoderan del marco de sus ojos. Está igual, pero no, ha menguado, y su sonrisa de siempre baila con las lágrimas. Mueve los pies, inquieta, sin embargo, no se retira de en medio de la calle. No hasta que él frena un poco antes. Entonces rodea el coche y abre la puerta con su mano menuda, huesuda. Le coge por el cuello de la camisa y tira de él con suavidad y firmeza. Sin contemplaciones. No le deja tiempo de apagar el motor, solo de salir trastabillando y caer en sus brazos, que lo capturan sin recelo, sin mesura, sin piedad.

Ella, colgada de su cuello, no permite que él se enderece, pues sabe que cuando lo haga, sus mejillas le quedarán lejos de los labios. Y no quiere. No quiere despegarse de los besos que tanto tiempo ha estado guardando, como conchas de la playa en la caja de los recuerdos.

Él recibe los labios finos de ella, la fuerza caliente que le sale de las entrañas con la boca apretada contra su moflete, como cuando era un niño y lo despertaba en las mañanas para la escuela.

El abrazo dura más de lo acostumbrado, se le hace largo, extraño, ya nadie abraza así. Pero el cuerpo se le empieza a reblandecer y se rinde en el hombro de la que le dio la vida, esa señora que ha menguado con los años, que trata de abarcar con sus brazos al hombre que tiene delante. Que colma con su pecho todo lo que fue y lo que será: hogar, cobijo, protección. Se le ha aferrado con tanta fuerza que él, que la recoge por debajo de los

brazos, solo tiene que erguirse un poco para que ella alce los pies del suelo, dejando escapar un gritito jovial, mezcla de alborozo y añoranza. Pepita balancea un poco las piernas, como si diera pequeños pasos en el aire. La deja en el suelo con delicadeza y le agarra la cara con ambas manos. Le llega el olor inconfundible de la laca de siempre.

Madre, le dice.

La besa en los labios.

Isaías se sabe de vuelta y disfruta de cada cosa que ve y siente, tan foráneas en forma e intensidad a lo que ha vivido estos últimos años. También él se percibe ajeno, sabe que está de prestado, como lo ha estado durante su ausencia, durante sus viajes como misionero, durante los últimos años como párroco de una iglesia a la que dedicó todo su esfuerzo.

Contempla la fachada de su casa, sus padres la enjalbegan con cal cada verano. Siente un pellizco en la nuca, la piel se le escama; ha vuelto a su hogar, a ese lugar al que nunca dejó de pertenecer.



2

La cortina de tela que protege la puerta del sol se aparta como recogida por un soplo de aire. Una mano de dedos cortos y gruesos sujeta la tela a un lado. Sale Blas, el padre, que se acerca a su hijo con un solo paso, sin traspasar la barrera imaginaria que lo separa de él. Isaías recorre el espacio que resta sin soltar la mano de su madre. El padre le abraza con el cuerpo convexo, separando el pecho tanto como puede, sin abarcarle por completo, pues a esa distancia los brazos cortos no le dan la longitud necesaria. Le palmea la espalda con brusquedad. Isaías sabe que es el gesto más cariñoso que le va a sacar. Que no hay palabras ni visajes de amor. No hay signos de debilidad, los hombres son hombres. No espera besos porque nunca los ha tenido, no los recuerda. Sin embargo, como cuando era niño, los añora. Y no entiende cómo se puede echar en falta aquello que nunca se tuvo.

Pepita organiza a Blas. Quiere que suba la maleta a la habitación del hijo mientras Isaías aparca el coche calle abajo, en el retranqueo que hace que la vía se ensanche.

El padre protesta, porque si no, no sería Blas. Pero coge la maleta y sube con ella las escaleras.

Pepita se arranca el mandil y lo cuelga detrás de la puerta de la cocina, en la alcayata que también soporta el calendario en el que marca los cumpleaños y las citas de los médicos. Espera a su hijo en la puerta, con la punta del pie repiqueteando en los adoquines. Una gran sonrisa hace que se le surquen las comisuras.

Nos vamos a la tienda, le dice cuando él sube la calle y llega hasta su lado.

Él no tiene ganas, pero pone el brazo para que ella enhebre el suyo. Juntos suben la cuesta que lleva hasta la plaza.

Ya es hora de que esta madre presuma de su hijo sacerdote, dice ella.

¡Madre, por favor! No me haga usted pasar vergüenza, le increpa él con la voz pretenciosamente juguetona. Traga saliva. La culpa se espesa en su garganta. El apocamiento lo devora por dentro. Frunce una sonrisa que se rompe y arrastra los pies, que comienzan a tropezar con arrugas imaginarias en el pavimento. Un gran secreto puede transformar toda la ilusión de su madre en un terrible sufrimiento. Y no sabe cómo ni cuándo solucionarlo.

Reconoce el camino, cruzan la plaza y giran a la derecha. Recuerda todas las veces que anduvo solo, ejecutor de un recado, y piensa en las que lo habrá recorrido ella durante su ausencia.

La cortina de tiras de goma enroscadas como regalices da paso a un montón de gente.

Es día de carne, hijo, voy a la carnicería a pedir turno lo primero, ven; dice ella mientras coge una cesta verde.

Pepita da los buenos días en tono chillón, señala a Isaías levantando los brazos, como un mago que recupera de la caja de las espadas a su colaborador.

Algunas mujeres gritan, casi todas cuchichean, se ponen las manos sobre la boca, o se acercan y abrazan a Isaías. Casi suplican una bendición.

La madre llora de la emoción. Es, sin duda, el momento que esperaba. Su hijo es un gran hombre, un siervo de Dios, una autoridad.

En cuanto la algarabía cesa, la mujer toma la mano de su hijo, como cuando aprendía a andar. Se acerca al mostrador de la carne.

Nos quedan dos delante, le dice a él.

Camina por las estanterías sin soltarle de la mano, como si temiera que él se pierda en el reducido espacio que hay entre los pasillos. Se desliza como una culebrilla por las estanterías, derramando en la cesta cosas que él identifica. Chucherías, delicias que él adoraba de niño y que ahora no consume. Galletas, chocolate, crema de cacao con avellanas… Para Pepita el tiempo no ha transcurrido. Ni siquiera ha preguntado, las últimas veces que él ha ido a visitarles, o que ellos han ido a la parroquia y no han estado más de un día. No ha tenido ocasión de descubrir cómo ha madurado, cómo ha crecido. El tiempo que ha hecho variar sus gustos.

Solo cuando Isaías dice, con mucha dulzura, que no es necesario tanto, ella se detiene a pensar. Su hijo, sin intención, ha comparado sus actos con la opulencia. O ella ha hecho esa relación. Suelta la mano de su hijo como si le quemara. A partir

de ese momento solo coge algunas cosas que sí son de primera necesidad, y camina hasta el mostrador de la carnicería.

Isaías ve a la mujer que les ha dado el turno pedir tanta carne que cree que lo va a agotar todo.

Es que el fin de semana, vienen sus hijos y sus nietos; cuchichea Pepita.

Las neveras y alacenas deben rebosar, no puede faltar nada. Piensa él. Y visualiza a su madre, minutos después, siguiendo la misma pauta.

El carnicero corta la carne a cuchillo, despacio. Que le piden filetes finos, los corta de un dedo. Que le piden diez longanizas, pone quince porque la ristra lleva esas. Total… Nadie se queja. Todos asumen que es así. Siempre lo ha sido.

Pepita, sin perder de vista su turno, habla con unas y otras, con las que acaban de llegar, con las que le preguntan, con las que no. Presume de su Isa, del que tanto ha crecido, del que tan guapo se ha hecho. Del voto de castidad. A él le dan ganas de salir corriendo.



3

Un silencio que se derrama con escándalo secuestra las gargantas de pronto. El cura no entiende. Dirige la mirada adónde van las otras, con más intención que logro en el disimulo.

En la puerta hay una mujer a la que calcula su edad. Entra despacio, con los brazos a los lados y el gesto compungido. Como si la sonrisa le colgara de la pena. Es delgada, demasiado, alta, y lleva el pelo recogido en una coleta baja de la que escapan dos mechones ondulados.

Pepita da un codazo a su hijo, él se vuelve hacia el mostrador, abrumado, turbado.

Es la Cristina, la hija de estos; dice, y señala con el dedo por debajo de la cintura hacia el carnicero.

Él hace memoria. Ella era su amiga. Los dos se criaron en el pueblo. Fueron juntos a la escuela. Jugaron en la plaza. Bailaron en las fiestas. Se besaron en las calles oscuras. Hicieron el amor bajo la higuera.

No la había reconocido, responde Isaías a la madre en ese tono tan privado que solo se utiliza para la confesión.

Cristina camina hacia el mostrador. Toma un delantal de un gancho que hay a la derecha, se lo cuelga del cuello y rodea con sus cintas la cintura, haciendo un lazo delante. Él no puede apartar su vista de ella. Le busca esas trenzas en las que tantas veces se perdió. Vierte su mirada sobre esos pechos pequeños y firmes que tantas veces estuvieron desnudos ante él. De sus pezones rosados, siempre duros en sus labios. Ella, de pronto, entrecierra los ojos mirándole.

¿Isaías? Perdón, ¿padre?; pregunta.

Él le responde al saludo con un gesto breve, una sonrisa colmada de turbación. Treinta ojos sobre ellos que oscilan de uno a otro.

Rubor en las mejillas. Ella coge el cuchillo y pregunta a quién le toca. La madre de Isaías da un paso al frente y comienza a pedir. Con poco disimulo se gira hacia su hijo.

La ha dejado el marido, le dice.

¡Madre!, le increpa él.

La ha dejado por otra.

Isaías baja la cabeza, da un paso atrás, no logra que ella se calle, afirma que no los oyen, aunque él no pueda creerlo, e insiste en relatarle que, después de cinco años de novios y dos meses de casados, ha tenido que volverse al pueblo. Y el marido, con la otra, en su casa. Y ella aquí, con sus padres. Lo ha dejado todo atrás, su hombre, su hogar, su trabajo. Pepita la critica con dureza, por no luchar por lo que era suyo. Isaías sale de la tienda dejando un remolino de tiras de plástico retorcidas y miradas curiosas a su espalda.



4

Isaías se pregunta, con el paso acelerado dirigido hacia su casa, si es lícito, si es válido que todas las personas guarden silencio, pero susurren cuando apareces en un lugar. Si es justo que todo un pueblo conozca tu secreto, tu desgracia, que te juzgue y te condene. La espina de la culpa, del bochornoso pecado, de la irremisible y deliberada falta, se le clava en el pecho. No hay confesión que expíe ese yerro. Su error es tan grave que no sabe si Dios lo perdonará cuando se confiese, si es que lo hace. Porque para él, contar lo que ha hecho es convertirlo en una realidad de la que ahora huye. Sin embargo, sabe que de quien no recibirá perdón será de ese pueblo, el suyo, de sus gentes; ni siquiera de las de su propia sangre. Las que ondean con orgullo el estandarte de la pureza.

Una bandera emponzoñada por su desliz.



5

Coloca su ropa en las estanterías del armario, con cuidado. Sabe que, cuando deje la maleta vacía en la buhardilla, lo hará para mucho tiempo. No son unas vacaciones, al contrario de lo que todos creen, es un descanso que solo terminará cuando haya tomado una decisión. Cuando regrese su paz.

Pepita oye, desde abajo, a su hijo abrir y cerrar cajones, puertas…

Isaías busca su biblia, que le regalaron sus abuelos cuando tomó la primera comunión y a la que tiene un cariño especial. La encuentra.

Con la habitación despejada, descuelga el rosario de la esquina del cabezal de la cama. Se sienta con las piernas recogidas, coloca la biblia delante de él y desliza el dedo sobre cada cuenta, con suavidad, deseando que las palabras le lleguen a la garganta, pero sin conseguirlo. Le queman las oraciones, en el pescuezo, en los labios, en el pensamiento, en el corazón.

El nácar le abrasa los dedos. Lanza la sarta de cuentas sobre la colcha con ira. Se acurruca en una esquina y llora con las piernas abrazadas.

Oye pasos en la escalera. Se recompone, se limpia las lágrimas de un manotazo, se levanta de la cama y abre un cajón de la mesilla, que queda de espaldas a la puerta.

Cuando el padre entra en la habitación, él no se gira.

Permanece quieto con la vista fija en la pared de pintura un poco amarillenta.

Blas le pregunta si quiere ir a tomar café con él.

Le responde que sí, que le espere abajo.

Oye a su padre explicar una letanía que pierde fuerza, que su madre le ha obligado a subir, que él se iba solo, pero, en fin.

Cuando lo presiente lejos, se vuelve, respira hondo, notando cómo el aire le amplía los pulmones, cómo le entra a tropezones.

Coge la cartera y la abre. Prometió que no llevaría la foto. Se hizo a sí mismo esa promesa, pero no ha sido capaz de cumplirla. Tampoco se deshizo de ella. No la saca del bolsillo oculto. Acaricia la piel sin ver el rostro. La siente. La huele. Saborea sus labios.



6

La penumbra del bar absorbe a Isaías, que camina apocado un paso por detrás de su padre. Espera la algarabía que vivió en la tienda, pero lo que ocurre deja en un pequeño revuelo lo sucedido allí.

Varios hombres, apoyados en la barra, se giran al verlos entrar. Isaías reconoce a algunos de sus compañeros de juergas juveniles. Saluda, emocionado, alegre por recuperar el contacto con ellos. Quizás ahora esté en el camino correcto. Quizás el que eligió le llevó demasiado lejos de todo aquello que le importaba, haciendo que dejara de lado cosas que le provocaban sentimientos que ahora considera reales. No sabe, en este momento, si todo aquello que tanto deseaba, esas emociones espirituales, colmaban su espíritu.

Esos amigos a los que ha reconocido han abandonado sus taburetes de la barra para lanzarse a sus brazos. El dueño del bar, Olegario, azuza a los parroquianos.

—¡Es el curita! —dice.

Isaías abraza, emocionado, alegre. De pronto sus dudas son menos hondas, de pronto la balanza se inclina hacia la tierra de la que procede. Al hogar al que pertenece. Encuentra la paz y la expiación en los brazos de la gente que le quiere. Y ve una forma de sanar, de procurarse el perdón que él se debe.

Blas toma una de las pequeñas mesas. Pide dos cervezas a Olegario, sin consultar a su hijo. Como dando por hecho lo que no daba Pepita, como si supiera que él debe tomar cerveza solo porque tiene la edad suficiente. Isaías conversa con sus amigos, pero escucha más que cuenta, pues poco tiene que contar. Poco *puede* contar. Después toma asiento junto a su padre. Da un largo trago a la cerveza, que es de una marca que no le gusta. Blas le

aclara que no hay otra, que solo trabajan esa. El cura mira a su alrededor, observa la decoración perenne, tan antigua que no pasa de moda. Unos cuadros egipcios, por un lado, unos jarrones artesanales de barro, por otro, figuras de forja, palilleros de madera. La falta de armonía entre todos esos elementos es lo que lo cohesiona todo.

El padre contempla, con la tranquilidad de la costumbre, la película de vaqueros. Él recuerda esa película, u otra, pero que parece la misma. Como si en ese televisor solo se pudiera sintonizar eso. Pero entonces le viene a la memoria una noche de verano; un canal de música: Manolo García, Eros Ramazzotti, El último de la fila, Glen Medeiros o Los Manolos; unos botellines y el grupo de amigos sentado en los sofás, que otorgaban al lugar un aire de pub, y que un día fueron sustituidos por las tradicionales mesas.

Una sombra recorta en la puerta el único haz de luz que ilumina el local, aparte de unas escuetas ventanas cubiertas por cortinas blancas para privacidad de los usuarios.

Tras las tiras de las cortinas de plástico aparece un chico alto. A Isaías le resulta familiar, pero cree que puede tener algunos años más.

Su padre le indica, en voz baja, que es Tomás, hijo del tuerto. Le confirma que es mayor que él. Espera a que sobrepase su posición para seguir hablando.

—Ese, con diez años o menos, ya sabía conducir. El padre se iba por la mañana al campo en el burro. Él cogía la furgonetilla y llevaba a su madre de pueblo en pueblo a vender la miel que recogían de los panales y el aceite que hacían con la prensa en casa. Eran pobres, pobres de verdad.

—Yo recuerdo, ahora que lo dice, haber estado en casa del tuerto. ¿Puede ser que tuviera algún hijo de mi edad?

—Seguro. Eran por lo menos seis o siete hijos.

—Recuerdo que madre me prohibió aceptar nada de lo que me ofrecieran. Sacaban café, o un trozo de pan con miel, a veces.

—Es que no tenían. Fíjate. Eran buena gente. Lo siguen siendo, los hijos, porque los padres murieron jóvenes. Tenían menos edad que yo. Este que ves ahí trabaja de lo que le salga. No pone pegas a nada. Aprende lo que se proponga. Saben buscarse la vida.

Isaías observa en silencio al hombre. Es ancho de espaldas, tiene una sonrisa perenne y, pese a la blancura de la piel, dos grandes ronchas rojas colorean sus mejillas. Charla con algarabía con unos y otros, sin dejar de sonreír. Se le nota, piensa el cura: la valentía, las ganas. Le traspasan el cuerpo formando una aureola alrededor. Alcanzando a los que están cerca, que se contagian de su buen

humor y le muestran su cariño. Isaías se pregunta si a él se le notaría cuando estaba feliz. Si ahora transmitirá lo contrario: la cobardía, el desánimo, la pasividad.

Apura de un trago el botellín. Su padre hace rato que terminó el suyo.

—Otros dos, Olegario —pide Blas.

Isaías protesta. Es tarde.

—Tu madre no tendrá la comida todavía.

—Tampoco es plan de llegar a mesa puesta.

Se calla. No habla de ayudar. Porque no es eso. Debería ser cosa de todos. Limpiar, poner la mesa, cocinar… Sabe que no puede ni decirlo. Ya lo intentó en el pasado. Los hombres son… Eso ha dicho siempre su padre. Ni se dedicó a las tareas cuando trabajaba, ni ahora que dispone del tiempo. ¿Cuándo se jubilará ella?

Tomás se despide en la barra con manotazos en las espaldas que también recibe de vuelta. Al pasar junto a la mesa en la que se encuentran Isaías y Blas, este último se levanta como impulsado por un resorte.

—¿Has visto a mi hijo?

Tomás se queda mirando a Isaías durante un largo rato durante el que permanece en silencio y, por primera vez, serio.

Le dice que no se acuerda.

—Ha estado mucho tiempo fuera, es que es sacerdote. Ha estado en las misiones…

—¡Ah! Sí, ¿Isaías? ¡Hostia! ¡Ay! Perdón.

Isaías se levanta también.

—No te preocupes.

—No me acordaba de ti. Es que eres de la edad de mi hermano Manolo. Pero ahora que lo pienso, sí, estás igual. Me acuerdo cuando eras así.

Y hace un gesto con la mano, marcando a la altura de su cintura.

Isaías piensa por qué no recordaba a su amigo Manolo. No es un pueblo muy grande. Había poca gente de su edad, de hecho, en las clases estaban siempre mezclados por edades, porque no había tantos como para hacer una clase por curso. Cree que no eran tan amigos. Quiere hacer memoria, pero no encuentra lo que quiere. Es como si se la hubieran vaciado. Es posible que fuera con otros amigos. Que solo fueran juntos una época.

Olegario interrumpe para dejar sobre la mesa los dos botellines. Pero no se marcha. Al contrario. Forma círculo con ellos y toma la palabra, pues ha seguido sin dificultad la conversación desde la barra.

—Yo creo que te juntabas más con la hija del de la tienda.

Isaías se sorprende ante un comentario tan directo. Tan descarado.

Se hace un silencio que se le antoja eterno.

—Me acuerdo de él… —comenta.

—Mi hijo ha estado en las misiones, y ahora está en una parroquia —lanza el padre con tono hiriente.

—Ah, me alegro. Bueno, ¿y qué haces por aquí?

—Está de vacaciones —responde Blas sin dar oportunidad a nadie a hacerlo por él. Isaías se ha quedado boqueando, esperando que una respuesta ambigua llegara a sus labios.

—Me alegro de verte, le daré recuerdos a mi hermano de tu parte.

Isaías asiente. Olegario vuelve a la barra como si no hubiera pasado nada. Pero ha ocurrido todo.



7

Había un camino. Mentira. Había muchos. Pero uno era su favorito. Lo cogía a menudo. Por las tardes, con sus amigos, en la infancia. Al anochecer, con sus novias, en la adolescencia. Lo siguió cada tarde cuando se planteó el sacerdocio. Porque era la forma de tropezar con cada guijarro, de mancharse los pies con el barro de la lluvia, de llegar al final y sentirse en paz, con la mente despejada. La reflexión caminó durante esos días de incertidumbre, sabía que la decisión le esperaba al final. Esa tierra llena de piedras le impedía dar un paso adelante ni un paso atrás. Junto a él, el sol reflejaba una sombra en la que él quería ver una figura, una señal. Él quería ver a ese Dios del que le hablaban. Quería que le llamara por su nombre. Sin dudas.

Aquella tarde el cielo estaba tan oscuro como por la mañana, cuando había llegado a su pueblo. Las nubes gomosas que traen el agua, después de que el viento hubiera traído el olor a tierra mojada y lo hubiera dejado suspendido a medio camino entre las casas y el cielo, estaban a punto de descargar.

Ahora esa corriente trae un aire frío, extraño, viaja en espirales, con una melodía lenta que se acelera en el estribillo. Mueve las hojas de los árboles como si se quisiera vengar. Como si fuera un castigo. Ahí ve Isaías a Dios. Se siente hoja, rama y árbol. Percibe la fuerza de la condena. Se duele, con su paz rota por una furia inesperada y no merecida. ¿O sí? Sabe que no debe seguir avanzando, que cuando las nubes se rompan, no tendrán compasión. Lo harán hasta vaciarse enteras. Hasta quedarse blancas y limpias. Después el viento, ahora furioso, se las llevará, sanador. Dejará petricor en el aire. Pureza en la vista. Para entonces él estará en ese lugar que tanto le gustaba. Que recuerda con tanto cariño. Que tan peligroso es cuando sucede lo que

ahora, la tormenta.

Tantas veces le han dicho que no vaya. Que no es un refugio, que es un riesgo.

Va directo.

Cuanto más se acerca la tempestad, más reconfortado se siente él. Espera el castigo, el perdón.

Llega. Se sitúa bajo las ramas de aquella higuera que en verano se carga de fruta y que ahora está casi desnuda. El olor es inconfundible. Pese al calor del verano, o quizás gracias a él, las hojas conservan el aroma dulce, áspero, fresco y potente. El viento mueve ese olor afrutado envolviendo a Isaías, que se recuesta sobre la tierra esperando el chaparrón.

Cierra los ojos.

Sabe lo que ocurrirá.

Primero ese viento, ahora lleno de oxígeno y frescura, se volverá asfixiante, furioso y desaforado. Le costará respirar por el exceso y por la tierra que traerá, que se mezclará con su aliento.

Después, aunque quiera, que no, no podrá abrir los ojos, pues esa tierra rojiza que dibuja los campos, estampándola con cuadros rojos combinados con los verdes de cultivo de olivo, los amarillos de trigo, esa tierra perderá su rumbo y se arremolinará a su alrededor, atrincherándose sin tregua por todas partes.

Y, sin embargo, ese no poder respirar es la condena que desea, el dolor que necesita. Porque hace meses que respirar le cuesta, aunque el torbellino no esté sobre él.



8

No se mueve.

Estirado sobre la tierra revuelta, cubierto de ella, mimetizado con el polvo rojo, la recuerda.

Aquel día no hacía viento. Ni siquiera una pequeña brisa de aire calmaba el calor que desprendía el suelo.

Ellos, inocentes, caminaron hasta esa higuera. No era la primera vez que Isaías llevaba ahí a una amiga con pretensión de un poco de intimidad. Un beso robado, una caricia disimulada en una pierna desnuda, un abrazo regalado con intención de usurpar un roce que resulta más erótico que una caricia autorizada y directa.

Anduvieron uno junto al otro, rozando los brazos en su balanceo rítmico, sin darse la mano. Intercambiaron nerviosismo y miradas cómplices. No se habían besado nunca. Los abrazos, incontables, desde siempre, desde niños, eran comunes en ellos.

Hoy algo era diferente.

Habían estado toda la tarde con las bicis, con todos los del grupo. Ellos se habían adelantado, habían hecho una apuesta, el primero que llegara, recibiría un helado de premio por la noche, de parte del otro.

Habían iniciado un sprint hasta la noguera, el lugar al que todos se dirigían, a siete kilómetros del pueblo.

Llegaron antes que los demás. Cansados tiraron las bicicletas al suelo y bebieron de sus respectivas cantimploras de agua. Habían recorrido en menos de media hora, lo que normalmente tardaban cuarenta minutos en recorrer. Se tiraron bajo la sombra de aquel árbol que contaba con cientos de años.

Isaías no recuerda, ahora, cómo fue. Sabe que terminaron con los dedos entrelazados y que permanecieron muy quietos, contemplando el cielo, despejado salvo por algunas nubes con

forma de oveja sin esquilar.

Oyeron las piedras del camino ceder bajo las ruedas de las bicicletas de sus amigos. Soltaron sus manos y se miraron.

Esta tarde, dijo él.

A las cinco, respondió Cristina.

No, que hace mucho calor.

Pues a las siete.

Un leve asentimiento confirmó la cita.

Y por eso, pasadas las siete de la tarde, caminaban decididos hacia ese lugar fresco. Especial. Ninguno de los dos sabía muy bien qué iba a ocurrir, pero ambos sabían lo que deseaban.

Por eso sus pies se movían ligeros. Sus cuerpos estaban tan próximos que, a cada tanto, chocaban entre sí.

Esa última curva del camino les daba una intimidad eléctrica, se sabían lejos de las miradas ajenas. Recorrieron los últimos metros de ese camino cogidos de la mano.

Isaías recuerda, ahora sí, que fue él quien le tomó la mano a Cristina. También le resuena su sonrisa alegre, chispeante.

Al llegar a ese lugar en el que ahora está tumbado, recordando, se abrazaron tan fuerte que no se veían las caras. Ella hundió la suya en el pecho de él. Él enterró su frente sobre el hombro de ella, aspirando con fuerza el olor fresco y dulce que provenía de ella y se mezclaba con el de la fruta de la higuera.

Se agarraban con fuerza, los brazos rodeando los cuerpos, las manos apretando la carne, pellizcando la ropa. Un pequeño baile, movido por los suspiros, les mecía.

Ella buscó su boca a la vez que él le besó en la mejilla. No había nada planeado, por lo que es normal ese pequeño desajuste que ambos reciben con igual alegría.

Él sigue deslizando sus labios por el rostro, por el cuello…

Ella necesita probar sus labios ya, no tiene paciencia para disfrutar cada roce. Ha anhelado demasiadas veces este momento. Quizás no tantas como él, que se frena, que quiere disfrutar con calma de ese primer momento a su lado. Cree que lo recordará siempre, aunque ahora, tumbado en ese mismo lugar, con las primeras gotas de lluvia cayendo sobre él, sabe que se equivoca.



9

Pensó que recordaría siempre cada uno de aquellos momentos, también los que vinieron después. Las caricias profundas, las pieles desnudas. Él encima de ella. Ella aferrada a su espalda, mordiéndole en el hombro. Gimiendo. Dos cuerpos nuevos de caricias, de besos. De todo. Esa emoción de dos jóvenes desbordados. Nada resultaba difícil. La vergüenza velaba, apenas, sus ojos atentos. Querían verlo todo y memorizar cada fragmento de piel del otro. Pero era inferior que el cariño, que la emoción, que el amor que sintieron. La primera vez que eyaculó con una mujer. También ella alcanzó el orgasmo. Eso no se le ha olvidado. La cara de Cristina durante el éxtasis. Y el tiempo que permanecieron abrazados después. Sin importar nada. Con el arrebol envolviendo un cielo que ahora se abre en dos.

El olvido es más posible de lo que él pensaba. Cuando decidió ordenarse, recordó aquellos primeros besos. Quiso recordar todo lo demás paso a paso, percibir aquellas sensaciones para poder decidir. Para saber si podría vivir sin aquello. Era muy grande lo que tenía en su alma. Sabía que no a cualquiera lo llamaba Dios. Y el olvido ayudó a su determinación. Estuvo mucho tiempo sin tener relaciones antes del seminario. Luego no se acordaba. Otras cosas suplían esa necesidad física que él ostentó una vez.

Fueron sus padres quienes, viendo su inmensa fe, le convencieron al final. Pero siempre le quedó la duda. Porque siempre que se elige un camino, piensa Isaías, nos quedamos con la intriga de qué hubiera sucedido si hubiéramos escogido el otro. Él solo tuvo una novia. Solo una. Cristina. Si sus padres no se la hubieran llevado a Madrid a estudiar, posiblemente se hubieran casado. Nadie lo sabe. Un amor fugaz pero intenso. Inmenso. Nada que ver con otros flirteos que se forzó a tener.

Ni un solo día de los que estuvo en las misiones, pese a su fe, pese a su convicción, se olvidó de aquellos sentimientos juveniles. Pero no los necesitaba. Otras cosas suplían esas sensaciones. Controlaba sus impulsos sexuales, las pocas veces que los tenía, y se castigaba por tenerlos.

Pensó que en una parroquia tendría mayor recogimiento. Mayor ocupación y menos distracciones. Pidió el traslado y que se le asignara una. Fue un reto. La fe de aquellos feligreses había menguado. Encontró en la comunidad demasiados problemas. Se puso manos a la obra. Era un reto en el que quería implicarse, que quería resolver. Con ilusión. Con intriga.

Olvidó los pensamientos que le perturbaban. Por primera vez sentía que era responsable de algo. El máximo responsable.

Promovió grupos de catequesis, renovó los juniors, celebró a pie de calle cada fiesta religiosa con los suyos. Es más, personalizó cada homilía para adaptarse a quien fuera dirigida. Por horarios. Ancianos, jóvenes, niños… Siempre amena, emotiva, divertida, alegre. Esperanzadora.

La ventisca cesa un poco. El polvo que todavía gravitaba sobre él se posa sobre su cuerpo. Estornuda.

Y percibe el peso de la tierra que ha caído sobre él como una losa. No se puede mover. No puede porque acaba de recordar el motivo por el que está ahí. Por el que no puede respirar. Por el que lo ha abandonado todo.

Laura.



10

Se ha hecho de noche.

Sigue tendido sobre la tierra mojada, con el cuerpo entumecido sobre el fango y cubierto por una fina película de barro.

No quiere moverse, pero el frío le provoca un temblor incómodo que le recuerda que está vivo. Que no ha dejado de respirar. Que no ha olvidado. Peor. Que no ha decidido. Que su mente ha divagado de un lado a otro.

Se levanta apesadumbrado.

La tormenta ha dado paso a una calma extrema en el ambiente. Camina despacio por las calles. Busca la ruta más discreta, espera que nadie le vea así, como disfrazado de árbol para una función escolar. Cubierto de barro, de hojas, de broza. El pelo tintado de tierra roja pegado a la frente.

Saca las llaves del bolsillo antes de llegar a casa.

Es la hora de cenar y, al pasar por delante de la ventana del salón, ve a sus padres a través de la cortina.

Abre despacio, aun sabiendo que le oyen igual, que le han visto bajo la penumbra de la cortina.

Sube a la habitación, coge ropa, entra al baño. Oye a su madre preguntar con insistencia. Se da una ducha rápida.

No es capaz de contestar. Se viste sin ganas y se echa sobre la cama.

Oye los pasos en la escalera. Es la madre, que sube. Que ve la ropa mojada y embarrada amontonada junto a la puerta del baño. A su hijo inmóvil. Y sabe que algo ocurre. Lo supo en el momento en el que él la llamó por teléfono para decirle que abandonaba las misiones, pidiendo permiso más que consejo. Lo supo cuando dijo que, después de dos años, tomaba vacaciones; pero ella se informó. Ha dejado la parroquia. Han puesto a otro párroco al

frente.

Y ella va a averiguar lo que ocurre.



11

Isaías espera quieto a que su madre se vaya. Ella es avispada, sabe que no es el momento, y sale en silencio.

Él cierra los ojos, quiere que el sueño se lo lleve. Quiere dejar de sufrir.

Cristina fue importante, pero no la única. Esos momentos se diluyeron en la memoria sustituidos por otros más simples, pero igual de felices.

Después de haber sentido el recuerdo vívido de Cristina, recuerda a Laura. Está más cercana en su memoria. Con ella es más fácil revivir cada momento desde esa cama en la que se encuentra tirado. Su cama de siempre. Sobre la que siente cada muelle en su espalda, en la que vuelve a ser el niño, el joven, el hombre que se marchó.

Laura. Su cuerpo. Su forma de ser.

Al principio sintió una atracción tan fuerte que ni siquiera se planteó la duda.

Fue después de un mes de asumir el mando de la parroquia. Ella ya estaba ahí. Se implicó en su acogida, en las reuniones de la junta parroquial, le guio en cada paso para que se sintiera arropado. Ninguno pensó nada más. Sería ilícito pensar lo contrario. Asumieron la lucha para conseguir alojamiento para una familia a la que desahuciaban por tener graves problemas económicos. Lucharon durante las dos semanas previas a la fecha límite, para que no los tiraran. Por si acaso, comenzaron a mover hilos para asegurarles un hogar. Y lo consiguieron. Un feligrés acababa de heredar el piso de su padre y lo ofreció para que la familia no se quedara sin techo, a espera de una solución mejor. De un empleo que les pudiera sustentar. Les ayudaron con la mudanza. Fue una situación dramática. Aquellas personas perdían

su hogar, la vivienda que durante tantos años habían pagado con sacrificio, el banco se la quitaba por no pagar unos meses. Isaías, Laura y otras personas que se prestaron a ayudar vivieron con intensidad esos momentos tan dolorosos. La victoria de haberles conseguido una vivienda compensaba solo a medias ese drama.

Volvieron a la iglesia, rotos, recogiendo sus propios pedazos y tratando de unirlos. Entraron a la sacristía. Quedaba media hora para la misa de seis. Laura le ayudó a prepararse.

Isaías piensa ahora, cuando la pena le pesa tanto que le ancla el cuerpo al colchón, que se necesitaban. Fue una forma de drenar la electrizante sensación de amargura que tenían dentro.

Fue espontáneo. Laura le echó el Alba sobre los hombros con templanza, él metió los brazos y los dejó abiertos, cerca del cuerpo de ella, que no había soltado la tela. Él los ciñó un poco más, ella continuó estirando del hábito que cubría a Isaías. Acercó su rostro hacia él. Sus pechos se rozaron. Fue íntimo, pero a la vez cotidiano, sencillo.

Abrumador y descarado.

Fue alivio y tortura.

Cobijo y hogar. Calma.

Permanecieron en ese abrazo durante un tiempo que a ambos les resultó cómodo. No fue uno de esos abrazos cortos que, a veces, se dan por compromiso. Tampoco uno de esos tan largos que provocan incomodidad, o bien terminan por reblandecerte el cuerpo hasta que ya no te puedes despegar.

Fue un abrazo. Nada más.

Y, sin ser nada, fue todo.

Ella notó en el pecho de Isaías un calor que la invitaba a quedarse.

No pidió más. Tuvo suficiente. Sintió que los pies se le despegaban del suelo. Durante demasiado tiempo había sufrido por un amor de esos que vienen y van. De esos en los que nadie promete nada, aunque a ella le pareciera que se lo daban todo. Ese fue su error. A ella le pareció bien lo que recibía. No siempre, pues ella entregaba todo cuanto tenía en su corazón, de forma que se sentía confundida, no estaba segura de si lo que recibía a cambio era normal; lo que alcanzó a ser, al final, fue bastante. Porque a ella todo le parecía poco. También sabía que no todos nos regalamos de la misma forma. Por eso, cuando esa persona le daba un poco de más, ella se ilusionaba, se sentía colmada. Le parecía bastante, suficiente, incluso por encima de lo que pediría. Pero es que ni siquiera pedía nada. Por eso su paciencia fue mermando. Su ilusión se convirtió en miedo. Sus días se vestían de sombría soledad, de solemne sufrimiento, esperando un gesto

que significara todo lo que ella deseaba. Una señal que nunca llegó. Y se equivocó, pues aquel hombre sí sentía algo por ella. Algo más fuerte de lo que era capaz de expresar. Solo que ella nunca le dio la oportunidad de demostrarlo. Se anticipaba. Y se fue desinflando. Laura dejó de esperar encontrar en su amor un signo que le dijera que ella era todo para él, la desazón y el desasosiego de los momentos de espera le destruyeron la quimera.

Por eso, en aquel momento, en los brazos de Isaías, sin pensar en nada, pero teniendo en cuenta todo lo que ya se habían dicho, la vida volvió a ella. Su cuerpo entró en calor y se fue coloreando conforme la sangre caliente se extendía por sus venas, transportando ese estremecimiento y esa calma a cada rincón.

Al separarse, se miraron un solo segundo. Fue una mirada tan franca y elocuente, como efímera y etérea. Inconmensurable. Suficiente para saber. Laura tomó la Estola y se la colocó por detrás del cuello, resbaló con la punta de sus dedos, extendiendo una caricia que provocó en Isaías un temblor arrebolado.



12

Durante los días siguientes, nada cambió. Ellos actuaron con la misma confianza de siempre. Con la inocencia de quien sabe lo que hace y se siente a salvo. De quien no piensa en las consecuencias. No tenían en cuenta que rompían unas reglas que estaban por encima de ellos. Solo necesitaban ser libres. Juntos eran felices. Se terminaban las frases, o las decían a la vez. Después, esa primera mirada de fuego, esa que a ambos les hizo arder.

El primer beso casi doloroso, por deseado, por inevitable. Por clandestino.

Las primeras caricias, en la sacristía, escapándose el uno de otro, pero sin poder frenar. Los besos húmedos y el cuerpo caliente.

Subieron a la vivienda. La cama de Isaías, de cuerpo y medio, se les quedaba pequeña y, sin embargo, los dos cuerpos eran uno solo. Inexperto, se dejó guiar por las manos de Laura, por sus gemidos, que le indicaban cuándo lo hacía bien. Por el fuego que emanaba de su aliento. Por cómo retorcía su cuerpo bajo las manos y la boca, la lengua.

Encajó tan bien en sus caderas que se sintió como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Los movimientos naturales, buscando el placer, las miradas queriendo reconocerse, queriendo grabar cada gesto. Los labios que se buscaban y el susurro de placer en el oído del otro. El abrazo tranquilo, recuperando el resuello.

Ella es la causa de su dolor, sin embargo, también de ella procede su felicidad desbordada.

La madurez con la que afrontaban esa relación que surgió de la nada y continuó sin esfuerzo y sin dificultad, no se parecía a lo experimentado con Cristina. Era tan diferente, tan consciente, tan real, que asustaba.

Por eso huyó.

El sueño alcanza a Isaías, que se deja vencer sin poner oposición.

La madre sube las escaleras, despacio, lo arropa con la colcha de ganchillo. Le besa la frente.

Toma la ropa para llevarla a lavar.

Rescata del bolsillo trasero la cartera de Isaías.

Algo en su corazón de madre le hace abrirla. Busca en los recovecos.

Y ve la foto.



13

Pepita baja las escaleras con el alma arrastrando detrás de ella. Algo le habían dicho. Hay gente del pueblo que vive en un barrio aledaño a la parroquia de Isaías. No puede creerlo. No quiere.

Se va a la cocina a hacer la cena. Pela patatas, las mete en agua, las corta en rodajas, las pone en papel de cocina para que se escurran bien. Parte huevos y los bate con tanta fuerza que el líquido espeso y naranja rebosa del recipiente, manchando la bancada de mármol. Coge el trapo y restriega con fuerza, demasiada para solo quitar esa mancha. Lanza la bayeta sobre la pila y se seca las manos en el delantal. Enrabiada.

¿Qué hará ahora?

Lo primero, enviar a Isaías de vuelta a la parroquia. Se acabaron las vacaciones fingidas. Debe afrontar lo que sea que haya hecho antes de que las habladurías se dilaten. Es abochornante. Le falta el aliento.

Sigue con el anodino desempeño de la tarea que la ocupa, mientras su cabeza alborotada se centra en el apabullante objeto de buscar la solución al problema. Dios perdonará a su hijo si muestra arrepentimiento. Por eso no hay problema. Pero ¿quién logrará olvidar su yerro? Ni siquiera ella.

Vierte las patatas sobre el aceite caliente con aplomo. Sin fijarse. También ahora rebosa el líquido dorado, provocando una llamarada sobre el fuego de gas. Ella ni se aparta. Espera a que la llama se apague, como espera que suceda con el alboroto que se le viene encima.

La tortilla se le quema. No un poco. No. Se le tuesta de tal forma que la tira a la basura y saca a la mesa fiambre y un poco de pan. Blas la mira con asombro, ya ha olido, primero, las patatas freírse, después, algo que se achicharraba sin remedio. No dice nada. El

ceño de su esposa es suficiente para hacerle callar. Tantos años de matrimonio han convertido a un hombre corriente en un cauteloso compañero.

Pepita no se molesta en llamar a Isaías. Casi prefiere no verle. Le crispa su presencia.

Blas pone un trozo de jamón entre el pan y muerde sin ganas. Se pregunta qué estará ocurriendo, pero no se atreve a preguntar.

—Tu hijo —dice ella. —Ya me lo dijeron. No lo quise creer. Tu hijo.

Él abre mucho los ojos, ha dejado de masticar. Permanece a la espera.

—Tiene una amante —dice ella—, bueno, o como se llame. Me da igual. Una indigna. Tan mal lo ha hecho él como ella. Y ya me lo dijeron. Me lo dijeron y no lo quise creer.

Pepita no ha pegado bocado. Está sentada a la mesa desmigando un cuscurro de pan. Mira a su esposo con desasosiego, pero él solo le ve dagas en los ojos.

—¿Por qué dices eso? —pregunta él. Que no es que quiera decir más, pero tampoco puede. No puede porque ella está esperando esas simples palabras para contar lo que tan espantada la tiene.

—Lleva una foto de una mujer en la cartera. La llevaba en uno de los bolsillos internos, claro. Me llamó mi amiga Carmen hace unos días. Me dijo que se estaba hablando en la parroquia. Que el chico iba a dejarla. Estaban buscando sustituto.

—Por las vacaciones. —Se atreve a decir Blas.

—No, no por las vacaciones. No. Porque sí. Porque abandona. Han tenido que aclarar que no tiene nada con ninguna mujer. Por lo que se ve, se ha montado una buena. Pero la hay. Vaya que si la hay. La he visto.

—¿La has visto?

—En la foto de la cartera, Blas. La he visto en la foto.

—¿Qué hacías tú con la cartera del chico?

—Pues es que… bueno, ¿qué más da? Tenemos un problema muy gordo. Debemos solucionarlo.

—Nosotros no tenemos que hacer nada, Pepita. El chico está aquí. Esta es su casa. Nosotros su familia.

—Sí. Y es nuestra responsabilidad cualquier cosa que haga o deje de hacer.

A Blas le falta el valor para hablar con franqueza. Sabe que no alcanzará a decir más de dos palabras sin que su esposa ponga el grito en el cielo. Prefiere dejar el tema por hoy. Será duro aguantar a Pepita en ese estado de desasosiego, pero, por suerte, llega la noche.

A la mañana siguiente podrán tratar el tema con más calma.



14

Isaías despierta temprano. Tanto que, ni su padre, ni su madre, le ven salir de casa. Es casi de noche.

Coge un sendero distinto, uno solitario, de esos que no llevan a ninguna parte, de esos que solo sirven para caminar. No tiene sembrados a los lados, es campo abierto. El sol aparece sin prisa por detrás de los montículos de tierra.

El canto de los pájaros le evoca épocas pasadas. Le resulta muy ajeno, como de prestado. Pero lo disfruta. Se relaja en un camino que piensa recorrer hasta que las piernas no le den de sí. La soledad le aporta calma, cree que va a pensar, pero no, consigue mantener su mente en blanco. Y ver árboles, tierra y cielo. Se da cuenta de que planea, no demasiado alto, un águila. Pobre de la presa a la que aceche, piensa.

Lleva unos siete kilómetros recorridos cuando divisa un tractor en mitad de un sembrado. Continúa su camino, cuando está cerca se da cuenta de que el hombre se baja del vehículo y se acerca andando hasta el sendero por el que él va.

—¿Se ha perdido usted?

—No, responde Isaías, solo daba una vuelta.

—Es que por aquí no suele pasar mucha gente, y menos a estas horas —responde el campesino mirando el reloj. Son apenas las siete de la mañana.

—Nunca había paseado por aquí, la verdad.

—¿Eres del pueblo, muchacho?

—Sí, soy Isaías. Soy el hijo de Blas y Pepita.

—¡Ah! Es usted el sacerdote.

Isaías asiente con un velo de vergüenza. Baja un poco la cabeza, pero pronto la levanta y la dirige hacia el tractor.

—¿Trabajando a estas horas?

—Sí, qué remedio. Soy Nicolás. No se acordará usted de mí, padre, pero soy muy amigo de sus padres.

—Tutéeme, por favor.

El hombre hace un gesto con la mano, que Isaías no sabe interpretar como un sí o un no. Se fija en el hombre. Se le nota que es mayor que su padre, o al menos lo parece. Ese hombre ya debe haberse jubilado. Aunque se le ve fuerte y sano, también se le percibe anciano. De hecho, el hombre se toca la rodilla con insistencia, puede que se haya hecho daño al saltar del tractor.

—La maldita rodilla. Con el tiempo que hizo ayer… el reúma, ya sabes. Estas tierras eran de tus abuelos —dice señalando a su alrededor.

—¡Ah! ¿Sí? No lo sabía.

—Tu abuelo se las vendió a mi padre hace ya muchos años. Unos cincuenta.

El hombre se rasca la cabeza tratando de pensar. Isaías se toma un tiempo también. En el caso de que ese padre fuera de la edad aproximada de su abuelo, entonces el hombre es más joven de lo que le había calculado. Aunque cualquiera sabe.

—Hace mucho tiempo, pero no había nacido, tampoco recuerdo que me lo hayan contado.

—A tu padre no le gustaron nunca las tierras. Por eso tu abuelo las vendió.

—No, él prefería el ganado.

—Sí. Hace un tiempo tuve un problema con uno del pueblo, por las lindes. ¿Ves esas tierras de ahí?

—Sí.

—Antes las cosas eran más fáciles. Se ponían de acuerdo. Uno quería comprar y otro vender. Un apretón de manos y cada uno tenía lo suyo. Todos los vecinos sabían a continuación de quién era qué. Como si estuviera escriturado. Pero, claro, todo lo que era así de fácil en ese momento, luego podían ser problemas. Un metro más, por una tirada de cien metros… En fin. Que como no había documentos, a ver quién te daba la razón. Tu abuelo ya había fallecido, tu padre no tenía ni idea. Finalmente, un tío tuyo encontró un documento en casa de tus abuelos. Era un papel privado de compraventa, no se pasaba por registro, simplemente firmaban los interesados. Gracias a ese papel recuperé esa parte del terreno que el otro, a base de plantar una fila de árboles más cada año, me había ido restando.

—Qué curioso.

—Y desagradable. Imagina, un vecino del pueblo. De este pueblo. Una persona a la que te cruzas a diario. Dos años de discusiones y finalmente acabar en un juzgado con un papelucho

de más de cincuenta años. Tenías que haber visto el estado en el que se encontraba.

—¿Y qué ponía?

—Pues claro, tenías que haber visto. Estaba la cosa complicada. Esta zona se llama El Tocón. Pues en el papel ponía que este terreno situado en esta partida limitaba al norte con el camino de La Ciega, que es por donde tú venías, al sur con las tierras de Pichón, al este con las de Tolete y al oeste con las de Junco. Y claro, el tal Junco era el que se fue apropiando de mi terreno pedazo a pedazo.

—¿Y cómo se pudo resolver? El papel era ambiguo.

—Bueno, por suerte ponía las hectáreas totales. Como el resto de los propietarios habían sido honestos y el camino no ha variado, pudimos demostrar el hurto.

—Es una buena historia.

—Mucho dolor de cabeza. Y enemigos para toda la vida. Pero sí, una anécdota, finalmente.

Isaías se queda prendado de la facilidad con la que el hombre asume lo ocurrido. Entiende por qué ganó el litigio.

—Me ha gustado mucho encontrarme con usted, ¿Nicolás?

—Sí, Nicolás. Dale recuerdos a tu padre, si le dices que soy el que tiene las tierras de tu abuelo, él sabrá a quién te refieres. ¿Estarás mucho por aquí? Me dijeron que estabas en una parroquia.

—Estoy de vacaciones…

—Por tu gesto… esas vacaciones…

Ambos callan. Uno, por cautela. El otro porque no quiere mentir. No quiere añadir uno más a esa lista de pecados que tanto le condena.



15

El sol está en lo más alto del cielo cuando Isaías entra al pueblo de nuevo. Imagina a su madre preocupada, de forma que se acerca a casa. Allí la encuentra, en la mecedora del salón, cruzada de brazos, le ha oído entrar, justo después de pasar por detrás de esa cortina que poco oculta.

Él se da cuenta. Ella lo sabe. Y no lo va a dejar pasar. Lo que tanto temía, va a ocurrir. Esta parte le preocupa más que todas las demás. Más, incluso, que el día del juicio final. Ha defraudado a su madre. Y eso no es lo peor, no. Lo peor es que ella se siente humillada, que no sabe cómo salir de la situación de forma airosa. Que las cosas se van a poner feas en menos de un minuto por tiempo ilimitado. Y no tiene ganas. Isaías no se había preparado para esto. Sabía que llegaría, pero no de esta forma. Él quería primero tomar una decisión, perdonarse a sí mismo para poder pedir perdón a los demás.

No entiende nada. No sabe cómo ella se ha enterado, pero no le cabe duda. Ese ceño fruncido, esos brazos cruzados sobre el pecho, apretados. Los ojos ardientes.

Y, sin embargo, no habla. Pepita no dice nada. Lo mira y calla. Espera que él hable. Es lo que hacía cuando era pequeño. Cuando había hecho alguna trastada y ella, como siempre, lo sabía. Porque no se le escapaba una, y tampoco ahora.

—Madre.

Ella levanta la cabeza un poco más. Aprieta más los labios.

—Esto no me lo esperaba. Jamás me lo hubiera esperado de ti —dice, como si se hubiera tragado una metralleta y no pudiera dejar de apretar el gatillo—. Me parece que es lo último que podría haber imaginado. Después de tanto sacrificio, de tanta entrega. Espero que solo haya sido una vez. Bueno. ¿Qué más da?

El mal ya está hecho. Vamos a ser la comidilla del pueblo. Lo sabe todo el mundo. Ya me avisaron.

Isaías no se explica, no entiende cómo se ha enterado, ni cómo lo puede saber todo el pueblo, según le dice su madre. Pero sabe de lo que ella habla. Se pone a pensar en Cristina, en el silencio espeso que se hizo en la tienda cuando entró. En cómo la gente cuchicheaba. En la vergüenza que reflejaba su rostro al saberse observada y repudiada. No solo le sucederá a él, también lo sufrirán sus padres. Por eso mira a su madre con una lástima que le pesa sobre los hombros. Sin pronunciar una palabra espera de ella un perdón que no llegará, quizás, nunca.



16

—Madre, ninguno de los dos buscábamos lo que ocurrió. Ella…

—Espera —dice ella con despecho y asco—, no sé si quiero que me lo cuentes, no hables.

El hijo calla por un momento. Se mira las puntas de las zapatillas. No consigue hablar, pero no quiere callar. Necesita contar lo que ocurrió, pues no lo ha hecho nunca. Necesita verbalizar lo que sucedió, eso que fue tan inconsciente como natural, eso que paladea cada vez que recuerda, pero que perturba sus pensamientos. Parsimonioso, coge aire para llenar bien los pulmones. Quiere lograr expresarse sin que su madre consiga interrumpirle.

—Ella es maravillosa —dice recuperando la confianza—. Laura es lo que no buscaba, pero apareció y supe que encajábamos como las piezas de un jarrón roto. No nos impulsó la lujuria, no intentamos evitarnos porque lo que es amable, lo que viene sin solicitarse, lo que persiste en el corazón, aunque estés lejos, eso no se puede esquivar.

—Calla.

—No, madre, no callo.

—Laura es una mujer como Dios manda.

Ella resiste y él desiste. La cara de su madre le hace callar. Isaías piensa que, si Pepita hubiera visto al demonio, su mueca sería más amable que la que tiene ahora.

—Dios no te ha mandado a esa mujer.

—Más allá de eso, madre, más allá de Laura… Tengo una duda grande, una como jamás había tenido. Debo ser franco.

—Esa mujer te ha comido la cabeza.

—Madre. Por favor. Solo he revivido sentimientos que había olvidado. Y son fuertes. No sé si es por ella, bueno, sí, ha sido por

ella, pero mi duda va más allá.

—¡No! Para. No te quiero escuchar. No puedes decirlo.

—Madre, esas sensaciones me hacen dudar de mi firmeza.

—No. Lo que tienes que hacer es meter tus cosas en la maleta y volverte a la parroquia. Debes callar las bocas antes de que se llenen de cieno y lo escupan contra nosotros. Sabes que después no habrá vuelta atrás. Ve. ¿Qué haces aquí todavía? ¡He dicho que te vayas!

Isaías no se mueve. Por un momento se le ocurre que su padre pueda estar en casa, le parece raro que no haya salido al escuchar los gritos. No está. Es la hora de la cerveza en el bar. Nadie le va a salvar. Debe afrontar la situación él solo.

—Madre, he venido a aclarar mis ideas. He venido a mi hogar. A mi refugio. Con usted, que debería ser calma, sosiego y paz. Con padre, que con su rectitud flexible siempre me ha guiado por el buen camino. Lo que ha ocurrido no es una tontería. No es desliz. Yo jamás hubiera pecado de esa manera de no haber sido por algo más grande que el sentimiento que tengo hacia Dios. Es él quien la ha interpuesto en mi camino. Él guía nuestros pasos, madre. Usted lo sabe. Aun así, estoy aquí.

—¿Has fornicado con ella?

Isaías pega un respingo. La pregunta le pilla con la guardia baja. La angustia se le pone en la garganta y siente que se va a asfixiar. Esa expresión en boca de su madre, dicha con ese asco, con esa furia, con esa falta de comprensión. No hay forma de explicarle nada. Está desbocada. Se pone en pie, mira el reloj y se va hacia la cocina. Él no sabe qué hacer. Se queda parado, en la misma posición. Le duele la cabeza, el estómago. Le invade un mareo terrible. La oye tararear una canción.

El padre abre la puerta y lo encuentra ahí, parado. Hace un gesto con la cabeza como saludo.

—Estás blancuzco, ¿qué pasa?

El hijo no responde. El terror lo embarga. Blas lo toma del brazo y le ayuda a subir las escaleras. De fondo, proveniente de la cocina, se oyen cacerolas, espumaderas, platos y otros enseres golpear unos contra otros o contra la bancada de la cocina.

Blas acomoda a su hijo en la cama y lo arropa con la colcha. Isaías no recuerda a su padre haciendo eso nunca. De hecho, no es que no lo recuerde, es que jamás ha ocurrido.

—A la hora de comer —le dice—, bajas. Tú no digas nada. Haz como si no hubiera pasado nada. Yo conozco a tu madre. Que tiene cojones, muchos, pero que tiene buen corazón y te quiere como a nadie en el mundo. Ya llegará el momento de hablarlo. Vamos a darle tiempo.



17

Blas ha puesto el televisor al máximo volumen soportable. No contento con eso, comenta cada noticia de las que salen en el telediario para no dar oportunidad a los demás a abrir la boca si no es para vaciar dentro el contenido de la cuchara.

El padre termina primero, Isaías lleva un rato mareando las lentejas, Pepita se lleva la última cucharada a la boca y, antes de tragar, se levanta, recogiendo con habilidad los platos de los demás. Isaías pone su mano sobre las de ella. Le toma los platos y la hace sentar. Blas se queda con la boca abierta ante lo que interpreta como una provocación inequívoca. Pepita agacha la mirada, turbada, y se sienta. El hijo va a la cocina y pone en la plancha los filetes, entretanto, friega los platos hondos que han utilizado para el primero, recoge de la olla el resto de las lentejas y las mete en un túper, y la friega también. Para él todos estos actos son cotidianos, normales, ni siquiera se deberían narrar. Pero cuando vuelve y sirve a su madre la carne, percibe en sus ojos un atisbo de agradecimiento, de rubor, de placer. Isaías sabe que, desde que él se marchó, jamás nadie ha hecho eso por ella. Blas se aclara la garganta con un poco de vino, esperando su plato llegar. Isaías también se lo coloca delante, lo mira con intención, y él comprende.

Isaías realiza la misma operación entre el segundo plato y el postre, pero al llegar al café, es Blas quien se levanta y se ofrece, para sorpresa de todos. Pepita mira a su hijo.

Hay una esperanza, un cambio que está por llegar, un amor que jamás se fue.

Un perdón esperado que llegará a su tiempo.



18

A esas horas de la tarde todavía aprieta el sol, a Isaías le llama la atención el silencio y la soledad con que les reciben las calles a él y a su padre, que van camino del bar a tomar café.

El simple acto de apartar la cortina de tiras de plástico provoca que el estruendo del interior salga como buscando una escapatoria. Isaías cuenta hasta tres antes de entrar, como un niño que se prepara a la pata coja antes de dar un salto hasta el número uno de la rayuela. Su padre le mira, parece que le vaya a dar un empujón. Isaías se explica el mutismo de las calles, de haber alguien despierto, está en ese lugar.

No hay gente en las mesas, están todos apiñados junto a la antigua barra, forrada con azulejos tan antiguos que los recuerda de su infancia, a la altura de su frente, cuando no llegaba al cuero relleno de esponja que cubre el borde.

Echa en falta ver alguna cara conocida entre tanta gente. No entiende cómo puede ser que no esté ninguno de sus amigos.

Estira de su padre hasta una mesa. La algarabía y las posibles conversaciones comprometidas no son lo que más le apetecen en este momento. Sin embargo, una vez sentado, se deja llevar por el murmullo constante, por las subidas de tono a golpes, por el fondo de la película de vaqueros. Es como una ensoñación, un pequeño viaje en el tiempo. Su padre trae los cafés, a estas horas es impensable que Olegario se mueva de la barra, en la que permanece apoyado en dolorosa duermevela. Blas deja los cafés sobre la mesa y vuelve a la barra. Isaías se extraña, pero al momento le ve volver con dos chupitos de orujo de hierbas, que también deja en la mesa para después sentarse.

El chico mueve el café con cuidado, al fijarse en el movimiento nervioso con el que su padre agita el suyo, se da cuenta de que él

no ha puesto el azúcar dentro. Deja la cucharilla y, ahora sí, vierte el contenido del sobre y remueve con cuidado. Se permite divagar por un momento, está demasiado distraído. La vuelta al pueblo era un plan para concentrarse en su decisión, no para entretenerse con memeces; sin embargo, le ha absorbido la cotidianidad, la extravagancia que produce la impertérrita costumbre.

Isaías espera con calma a que su padre hable. Hace rato que sigue removiendo el café, incluso después de haberle dado varios sorbos, se ha rascado la cabeza un par de veces y ahora se frota la pierna con la palma de la mano, con un frenesí que no aclara si le pica una cosa o la otra.

—Esa mujer… —dice mirando el café como si se quisiera caer dentro. Al callar, levanta la vista y se centra en Isaías. Es una invitación a seguir, no es una pregunta, pero él considera que sí.

—Laura.

Se miran. En realidad, ninguno tiene ganas de hablar, pero ambos consideran que es necesario.

—Nos hemos enamorado. No lo hemos evitado. No lo hemos buscado. Nos ha llegado. He sentido que es la persona que quiero tener a mi lado. No es que no pueda vivir sin ella, aunque he de reconocer que la extraño. Me gusta estar con ella. Al principio no. Éramos compañeros en la iglesia. Pero una vez nos dimos cuenta de lo que sentíamos… He sentido alborozo en el corazón cada vez que ella ha estado cerca de mí. Han sido tan importantes las sonrisas como los silencios. Solo hace un mes. Pero nos hemos visto a diario. Los momentos compartidos me han hecho ver lo que quiero.

—¿Un mes? —interrumpe Blas, la respuesta de su hijo ha barrenado su discurso—. ¿Con un mes te has dado cuenta de que lo quieres dejar todo por ella? Apenas la conoces.

—Un mes hace que tenemos una relación. Hace más tiempo que nos conocemos. Nos hemos visto a diario. Sé muy bien todo lo que necesito saber. Sé cómo es. Cómo se comporta ante cada situación, buena o mala. Sé sus virtudes, pero, también, sé sus defectos y estoy dispuesto a convivir con ellos.

—Entonces, ¿lo tienes claro, hijo?

—No sé ni cómo, aunque, ahora que lo pienso… Pues, es que han sido muchos años de vocación, padre. Necesitaba alejarme de todo. Reflexionar desde la distancia. Darme la oportunidad de saber si es lo que pienso o no. Darle la oportunidad a Dios, que tantas cosas me ha entregado a cambio de nada.

—¿Y cómo va la cosa? —pregunta Blas, como quien pregunta el resultado de un partido de fútbol.

—Empatada, padre —responde Isaías, risueño por haber hecho también la relación en su cabeza.

—Tenemos que hablar con tu madre.

—Deje primero que me aclare. Deje que hable con Dios, que hable conmigo, que sepa lo que quiero.

—Tu madre te quiere, ella te va a ayudar.

—Padre, ¿cuándo supo usted que madre era la mujer con la que iba a querer pasar el resto de su vida?

—Hijo, cuando yo me casé con tu madre, eso no funcionaba así. Uno firma como quien compra un piso, no se da cuenta de lo larga que es la vida y, a la vez, lo corta que llega a ser. Así que decide, hijo, decide pronto, pero con calma. Elige tu vida, porque nadie te va a devolver el tiempo perdido, ni te va a pagar los días tristes. Sin embargo, cada día feliz te va a valer por muchos de los que no lo son tanto. Ahora somos viejos, no concibo la vida sin ella, pero durante mucho tiempo lo que sentí es que mi vida era feliz a su lado. Y todavía suele ser así.



19

Cierra la puerta y se sienta con las piernas cruzadas en esa cama de niño, que se le ha quedado un poco pequeña.

Ha preparado varias cosas sobre la mesilla, que ahora va colocando sobre la colcha como si fuera un vidente echando las cartas del tarot.

Primero, el rosario, que deja con cuidado a la parte izquierda; junto a él, la biblia.

Coge de la mesilla de noche la cartera, saca la foto de Laura. La acaricia con cuidado, como si temiera que se pudiera desgastar. Se la lleva a los labios de forma inconsciente. Cierra los ojos y le llega el olor del papel, del cuero… pero no el de ella.

En este punto, por un momento, piensa que ya se ha decidido.

Pero quiere pensar. Pensar.

No está seguro de si ha sido él o su corazón quien ha elegido. No tiene claro si es una decisión que debe meditar o si es algo que llega, como ese beso, sin analizarlo todo con detenimiento.

¿A quién debe fallar?

¿A quién va a fallar?

¿A quién va a elegir?

¿Qué preguntas son las correctas, las que llevan a la respuesta adecuada?

¿Hay una respuesta correcta?

Valora sus sentimientos hacia Dios y los contrapone a lo que siente por Laura. No puede. No es comparable. Solo sabe que la vida es más bonita a su lado. Que ella no le hace elegir. Que puede tenerla y estar con Dios a la vez, aunque no sea con una entrega total.

Acaricia la foto. Desliza los dedos por las cuentas del rosario y lo cuelga en el pico del cabecero.

Saca el móvil del cajón de la mesilla, ahí donde lo dejó el día anterior. No hay mensajes de ella, tampoco llamadas. Es algo tan inusual que nota un vacío similar al que cree que debe de sentir una madre al parir. Salvo que esa mujer, esa hembra, luego puede abrazar a su cría.

Él no.

Él solo siente el vacío.

El dolor.

No puede abrazarla, ni tampoco llegan a su alma los brazos imaginarios de Dios.

Siente soledad y pena. Tenía todo y ahora no tiene nada.

Con la foto en la mano, se tumba. Apoya el móvil en la almohada, abierto por el contacto de Laura. Con su foto, que le sonríe siempre. De pronto, sale la información «en línea» bajo su nombre. Él da un ligero respingo.

Sabe que no le escribirá. Ella entiende lo duro que es para él. Entiende el valor que hace falta para huir y dejarlo todo atrás. Ella lo ama y lo respeta.

La calma que le da ver que ella está en línea se mide contra el desasosiego que recibe cuando ve que ya no está conectada. Que no ha recibido nada.

Se abraza a la foto y cierra los ojos con la vista en la pantalla. Los abre a ratos, hasta que el sueño puede con él.

Este partido tiene una clara ganadora.



20

Se despierta de la siesta aletargado. La pantalla del móvil se ha fundido a negro. Lo desbloquea y sale de la app. Laura no está en línea. Tumbado hacia arriba, piensa en llamarla. Le gustaría escuchar su voz. Ella sabría qué decirle, en cualquier situación. Pero no ha querido decirle nada en esto.

Sería egoísta, le dijo.

Él sabe que no. Que, aunque le doliera, si ella pensara que debe seguir con el sacerdocio, lo haría. Pero no lo ha hecho. No le ha intentado convencer de una cosa ni de la otra, porque sabe que era la vida que él había elegido, con todas sus consecuencias. Y, aunque sea la que ha propiciado la duda, no quiere ser responsable de la decisión. Por clara que esté para ella.

Isaías guarda el móvil en la mesilla y se levanta. Estira la colcha.

Al bajar las escaleras ve a su madre sentada en la mesa del salón, pelando patatas. Son las seis de la tarde y en el televisor sale una telenovela. Esa mujer no sabe estar quieta.

Él le da un beso y le dice que se va a la iglesia. Ella da un suspiro, como un alivio soplado con suavidad con unos labios muy juntos. Le dice que pase por la tienda a recoger las llaves. Que las tienen allí. Le da un beso y ella sonríe como no la ha visto hacerlo hasta ahora. Sabe el dolor que le ha causado. Pero le quema que solo sea feliz si decide continuar con la vida de antes, esa que ya no le pertenece.

Se dirige a la tienda. Es tan distinto el ambiente en comparación con la mañana, que le parece estar en otro lugar. De hecho, ni siquiera hay nadie que atienda.

Oye una voz en la lejanía que le indica que ya sale.

Espera paseando la vista por las estanterías, se sorprende con productos que no detectó la vez anterior. Cosas típicas que no hay

en su otra ciudad, que ya no recordaba.

La madre de Cristina sale. Él sabe que baja desde su casa, que ocupa la planta de arriba de la tienda. Pone cara de disgusto cuando él le dice que quiere las llaves de la iglesia. La ha molestado y ni siquiera quiere comprar. Ella le indica que su hija está allí, que ha ido a limpiar y se da la vuelta sin esperar respuesta.

Isaías sale a la calle. Todavía hace calor. Piensa, por un momento, qué hacer. Él quería ir a la iglesia a solas. Necesitaba la privacidad, el encuentro reservado con Dios. La reflexión a media voz.

Sube, pesaroso, la cuesta que lleva al templo, situado en la parte más alta del pueblo. Por el camino comienza a arrepentirse, si no está a solas no quiere ir. Gira y toma un sendero que lleva a los campos, a la higuera. De pronto, se para. No le sirve de nada posponer el momento. Sabe que lo debe hacer. Se vuelve. Marcha con decisión.

La puerta de la iglesia está cerrada, pero un leve empujón abre la puerta. Lo recibe una humedad fría que permanece suspendida en el ambiente y se mezcla con el aroma de la cera de las velas.

No ve a nadie.

¿Hola?, dice.

Nadie le contesta.

Camina hacia el altar y repite la pregunta. No recibe respuesta.

Se sienta en los escalones que hay junto al púlpito. Con las piernas cruzadas, de cara a las imágenes. Siempre le ha gustado hacerlo así. Cercano pero respetuoso.

No sabe si es por el recogimiento que le produce el lugar, por el silencio absoluto, por el recuerdo de tantas cosas que ha vivido; las lágrimas secuestran sus ojos. Sin aspavientos, en calma.

Es un alivio para él estar ahí. Siempre lo ha sido. Sabe que siempre lo será.

Pide perdón a Dios. A él, en primera persona. Sabe las normas, debe hacer una confesión, pero, para él, este gesto privado tiene mayor valor.

Oye ruidos en la parte de atrás. Proceden de las escaleras que llevan al campanario. Se seca las lágrimas con las manos, se pone en pie y respira profundo.

Cuando está listo, se gira. No ve a nadie, pero sabe que es ella. Se dirige con calma hacia la puerta que da acceso a la subida. Recuerda la soga de unos diez metros colgando hasta la parte más baja, de forma que no es necesario subir para hacer sonar las campanas.

Hola, dice.

Una cabeza envuelta en un pañuelo asoma desde los escalones.

Es ella.

Sonríe al verle.

Y esa sonrisa le coge la mano, lo lleva de una duda a otra muy distinta.



21

—Te eché de menos durante mucho tiempo —dice ella, las manos sobre el regazo, los dedos nerviosos.

Él se extraña. Se mantiene en silencio, observando las figuras del altar, la cúpula pintada, los bancos de madera.

—Yo…

—Ya sé que habíamos terminado. Que tuve otros novios, que tú estuviste con otras chicas. Pero siempre te quedaste. Hasta que te fuiste, claro.

—¿Te refieres a cuando me fui a formarme?

—Sí. Hasta ese momento, fue como si, aunque solo fuéramos amigos, estuvieras conmigo, a mi lado. Y no te echaba en falta porque te tenía… —Cristina levanta la vista y busca los ojos de Isaías. Quiere ver su reacción. Él está azorado, le devuelve la mirada, pero no es la que ella espera—. Te veía a diario, eso me tranquilizaba.

—Es que… ¿Estás hablando del instituto? Yo no me di cuenta de lo que me dijiste.

—Estuviste con otras chicas.

—Después de lo nuestro apenas he estado con mujeres. Sí, salí con una del pueblo, unos días, no creo que llegara a la semana. Luego, una noche de fiesta, estuve con una mujer mayor que nosotros, no sé, igual tenía diez años más. La vocación me llegó pronto.

—Pero, no fue por lo nuestro, ¿no?

—¿Qué dices? ¡No!

—Siempre me quedó la duda. Sé que fui la primera, sentía que no habías estado bien, que habías elegido ese camino por mi culpa.

—¡No! Cristina, no. Fui muy feliz contigo. Ni siquiera recuerdo

muy bien por qué lo dejamos.

—¿En serio? Fuiste tú.

—Uy. Pues no me acuerdo, de verdad.

—Es que no me lo explicaste. ¿Recuerdas que salíamos del instituto y el bus nos traía a casa?

—Sí, claro.

—¿Y que siempre nos escapábamos un ratito antes de ir a casa a comer?

—Me acuerdo.

—Pues dejaste de hacerlo.

—De verdad… No sé qué pudo pasar. Sé que poco a poco nos distanciamos. Y que pensé que ya no te gustaba.

—Pero si eras tú el que bajaba del bus y se iba directo a casa. No todos los días, no. Algunos sí me esperabas. Pero otros no. Llegábamos al pueblo y ya ibas pensando en otra cosa.

—Es que ya estaría yo pensando en el sacerdocio.

—No lo sé. Pero sé que eso ocurrió. Y que me dolió.

Isaías le da la mano. Como ha hecho con cada feligrés de su iglesia, como un padre. A ella se le arrebolan las mejillas, mira sus manos. Siempre le gustaron.

—Lo siento mucho, Cristina. Pero ten por seguro que no fue tu culpa. Solo sucedió. Mi madre llevaba tiempo con la idea en la cabeza. Sabes que me llevó de aquí para allá, para que viera cómo iba a ser.

—Dicen que estás con una mujer.

Ahora es Isaías el que no puede evitar que sus mejillas se coloreen. No suelta la mano de Cristina porque le parece feo hacerlo. Pero ha sido su primera reacción.

—No es tan fácil, Cristina. Pero es la causa de que esté aquí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué ella sí y yo no?

—¡Eso no es así! No quiero que pienses eso ni por un momento. La vida os puso en mi camino en etapas diferentes. No ha sido fácil lo que ha ocurrido con Laura. No te lo puedo explicar, pero no soy el mismo chico al que tú conociste. Ya no soy el mismo.

Ella parece compungida. Ahora está ahí, cogida de su mano. Y siente un fuego que se le desborda por la piel.

—Yo estuve con un hombre. Me casé. Pero todo me ha salido muy mal. Isaías. Ahora estamos aquí, los dos. También la vida me ha puesto en tu camino.

Isaías niega. Siente algo por ella. Lo ha sentido desde que la ha visto. Tal vez ternura, tal vez el vívido recuerdo de todo lo que fueron, de lo que significa el primer amor. Pero niega. Suelta las

manos de Cristina y se levanta despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Sale caminando hacia atrás, palpando los bancos con los brazos para no tropezar.

Solo al llegar a la puerta se da la vuelta y corre, corre tanto como puede.



Llega a la higuera de noche.

Se tiende en la tierra.

Se le clava cada guijarro, cada rama suelta, incluso el aroma fuerte de las hojas caídas. Todo le resulta desagradable.

Insoportable.

No puede creer lo que le acaba de suceder. Se lleva las manos al rostro y grita. Llora. Como un loco. Con toda la fuerza que puede. Con toda la rabia que tiene dentro.

No soporta que Dios le esté poniendo esas pruebas.

Que no le perdone ni una. Que le apriete tanto.

Sabe que no funciona así. Que no es justo pensar así. Pero ¿qué otra cosa puede hacer?

Ha sentido deseo por Cristina. Después de tanto tiempo, después de creer que lo de Laura era único y especial. Después de todo lo que le está ocurriendo.

No puede ser real. Debe de ser una pesadilla.

Grita. Llora. Se reboza en la tierra con las manos abrazando su cuerpo. No soporta el dolor. Quiere dormir y no despertar nunca. Quiere dejar de pensar y de sufrir. No entiende qué está ocurriendo. No sabe cómo solucionarlo. Necesita desaparecer y no rendir cuentas a nadie.



23

El cansancio le puede pronto. Se queda acurrucado, con las rodillas pegadas al pecho y agarradas con los brazos.

Oye unos pasos.

Sin respirar, pretendiendo pasar desapercibido, se queda encogido, pero busca con la mirada a la persona que viene por el camino.

Y la ve.

Es Cristina.

Y trae paz con ella. No siente agobio, sino serenidad. Trae con ella algo antiguo, algo que le es familiar, la costumbre de aquellos días de juventud.

Ella llega hasta su lado y se sienta.

Solo eso.

Sin hablar.

Él se incorpora hasta quedarse sentado, invadido por un alivio instantáneo y duradero.

Pasa un rato antes de que él tenga ganas de pronunciar alguna palabra. Pero, llegado el momento, no le sale nada. Se arropa en el regazo de Cristina, como recuerda haberlo hecho tantas veces. Ella lleva sus dedos al pelo de él. Los enreda y los desliza, sin llegar a acariciar, dejando la huella de sus sentimientos en cada mechón.

Él se relaja tanto que siente sueño. Un cansancio que procede de la intranquilidad que ha acumulado durante estos días. Ella persiste, no invade, solo está.

Él le acaricia la pierna sobre el pantalón. Le aprieta un poco la rodilla.

Ella le pasa la palma de la mano por el mentón.

Y él se incorpora.

Ella le retira con cuidado restos de broza, de tierra y de pena.

Él la mira con dulzura. Se siente bendecido. Por primera vez piensa que ese Dios en el que tanto ha confiado, ha enviado a alguien en su ayuda. Y la gratitud le invade. Así como una calma difícil.

Le da un beso en el hueco de la clavícula. Es la zona que ha quedado cerca de sus labios después de que recostara su cabeza contra ella.

Y ella le desliza los dedos por la nuca.

Permanecen así un rato. Cristina tiene las piernas entumecidas, un hormigueo insistente le recorre las plantas de los pies, no se quiere mover, pero no lo aguanta más. Quiere descruzar las piernas, pero sabe que él despertará. Resiste un rato más.

La noche ha caído sobre ellos. El frío que la acompaña tras la tormenta del día anterior se cala en los huesos. Ella toca los brazos de Isaías y los nota fríos. Con suavidad, descruza las piernas. Sabe, no se equivoca, que será suficiente para despertarle. Él la mira desorientado. Como quien amanece tras un letargo incómodo pero reparador. Sonríe. Ella le devuelve el mohín. Él la abraza y la ayuda a ponerse de pie.

Recorren juntos ese sendero pedregoso por el que tantas veces caminaron de la mano. Y de la mano van. Con los dedos entrelazados.

Serenos.



24

Pepita hace la cena. Pimientos con huevos y longanizas. A Isaías no hace falta preguntar para saberlo, huele desde tres casas antes y la luz que sale de la cocina deja ver el humo que sale por la campana extractora. Él la saluda al pasar por delante, a través de la cortina. Sabe que así se pondrá menos nerviosa cuando vea que sube a su habitación en lugar de quedarse en el salón a la espera del manjar que ha preparado a sabiendas de que es su favorito.

Se da una ducha rápida. Descubre, a su pesar, que una ligera erección se resiste a marcharse.

Quizá, piensa, sea el momento de dejar de pensar tanto.

Quizá, cree, haya llegado el tiempo en el que lo primordial sea vivir.

No siente remordimientos. No ha hecho nada. Recuerda a Laura sin pena. Lo vivido, vivido está. Ha llegado una etapa diferente. Ha vuelto una época antigua. Un sentimiento renovado.

El agua caliente le atempera la piel. Arrastra lo que traía pegado a ella. También se lleva, de paso, lo que traía cargado en el alma.

¿O ha sido Cristina quien se lo ha llevado?

Eso ha sido.

Sí.

Ella ha conseguido tranquilizarle.

Baja las escaleras en pijama.

Su madre le espera, brazos en jarras, en la puerta que separa la cocina del salón. Blas está sentado a la mesa, con los cubiertos en la mano y la servilleta al cuello.

A Isaías le entra la risa.

Y ellos se extrañan de esa actitud tan tierna como liviana, pero es la señal que necesitan para seguir con sus rutinas. El hijo entra en la cocina tras la madre, coge los platos que ella va sirviendo.

Los lleva a la mesa. Solo se sienta cuando ella lo ha hecho.

Levanta las manos y toma las de sus padres. Quiere bendecir la mesa. Como hacían cuando él era pequeño. Una costumbre perdida por extraña. Un gesto de agradecimiento que jamás fue de cortesía ni de apariencia, sino sincero. Nunca les faltó nada en la mesa. Para Pepita significa todo lo contrario de lo que refleja la realidad. Su cuerpo vibra por la sensación que le produce pensar que su hijo ha tomado una decisión. Nada más lejos de la realidad.

Cenan tranquilos, sonrientes. Blas no se entera de nada, pero cree, como Pepita, que esa bendición de la mesa significa una vuelta al camino.

Isaías no imagina, en absoluto, lo que sus padres creen. Él está feliz por vivir. Por agradecer unos huevos con pimientos. Por sentir a sus padres sonreír. Por saber que Cristina está cerca. Porque llamará a Laura esta noche, hablará con ella, le explicará.

O quizás mañana.

No lo sabe.

Aún no.

No está dispuesto a planificar nada.

Solo quiere sentir.



25

Sus padres también lo hicieron. Bailaron, se besaron, hicieron el amor… Él sabe que en el recuerdo siempre permanecen esas veces que lo acaparan todo. Sabe que solo tendrá que recordárselas para que entiendan.

Tiempo habrá de esas cosas.

Sale al campo a caminar con el teléfono en la mano. Es hora de llamar a Laura. De cancelar las promesas que le hizo, pero de ofrecerle otras.

La quiere.

—Te quiero —dice, cuando ella atiende la llamada—. Pero todo ha cambiado. No puedo decirte cuándo voy a volver. No puedo asegurarte que siempre vaya a sentir por ti lo que siento ahora.

—Esperaré.

—No quiero que lo hagas.

—¿Por qué?

—Lo que he descubierto contigo es algo que podría haber descubierto, quizás, con cualquier mujer. No te quiero hacer daño.

—Ya me lo estás haciendo.

—Es mejor así. Laura. Te llamaré.

Isaías cuelga sin dar opción a respuesta.

Llora. No quiere sufrir, pero el dolor le sale de dentro y las lágrimas lo ahogan.

Está cerca de casa, en las orillas, solo ha tenido que bajar la calle y la oscuridad lo ha absorbido. Se sienta en una piedra y apoya las manos a los lados. Nota el musgo, su humedad, y los recuerdos llegan a él. Aquellos días en los que recogía con su padre medallones de la planta para montar el Belén. Hijos. Nunca lo había pensado. ¿Por qué, de pronto, le acecha ese pensamiento?

¿Por qué esa ilusión? Hijos. Ser padre. Acaricia el musgo. Sí, ¿por qué no? Enseñar a alguien a montar el Belén, a cocinar, a rezar. Esa posibilidad lo empuja. Y lo primero que le viene a la mente es la imagen de Cristina. La vida compartida con ella. Hacerla madre. Que le haga padre. Ser una familia.

Camina decidido hacia la tienda. Llama a Cristina a través de la ventana.

—Te espero en la higuera —le dice al oído en la puerta. Y se va. Casi corriendo. Porque sabe que ella no tardará en ir detrás y no quiere que los vean juntos. Es de noche, pero los ojos tras las ventanas nunca descansan.

Poco antes de llegar, oye los pasos de ella. Ha atravesado los campos.

Se abrazan. Se besan. Se tocan. Con las ganas de antes y las nuevas. Hacen el amor sin reparos. Porque son libres de hacer lo que quieran. Porque no hay nada que les pueda frenar.

Isaías piensa que la vida es eso, vivir sin detenerse. Ser feliz en cada momento. Agradecer siempre.

El sexo con Cristina es distinto del que tuvo con Laura. Ella lo hace diferente, tampoco como cuando fueron jóvenes. Es la primera vez después de tanto tiempo, pero es como si fuera la primera de muchas. Y la siguiente de las anteriores.

Ella lame todo su cuerpo, con adoración, con gusto. Se excita al hacerlo, se frota contra él. Le acaricia el sexo con una mano mientras le coge la cara con la otra. Con una, dureza, con la otra, caricias. Es agradable y excitante. Es un volcán. Se susurran en el oído. Gimen. Ríen al llegar el orgasmo, que él recibe con los dedos entrelazados en su pelo, ella sobre él, a horcajadas, con las manos sobre su pecho y la cabeza junto a su cuello. Se deja caer sobre él. Se abrazan y se quedan así. Tranquilos. Los pensamientos se ausentan, las sensaciones les erizan la piel.

No necesitan más.

Ni menos.



26

Vuelve a casa reconfortado.

Busca a su madre para hablar con ella.

Está listo. Está fuerte. Sabe lo que quiere y no tiene reparos en reconocerlo.

Le cuenta.

Madre, me quedaré un tiempo aquí en el pueblo.

Abandono el sacerdocio, le dice.

Pero no a Dios. A Dios nunca. No se preocupe usted.

Ella asiente. No puede hacer nada, pues ve la determinación en los ojos de su hijo. De ese niño al que parió, al que ama hasta el infinito y para el que solo quiere felicidad.

Le pregunta por Laura. Ella, preocupada por eso que a él le hizo cambiar su camino.

Si tiene que ser, madre, será. Como todo, será como Dios mande, será lo que Él quiera. Madre, Él me ha hecho ver que, cuando dos se quieren, el mundo se para y, aunque estén lejos, se vuelven a encontrar.

Necesito vivir sin pensar, disfrutar de todo lo que la vida me ponga delante, amar y recibir amor, en cualquiera de sus formas.

Eso le dice a su madre. Y ella lo entiende. Lo asume. Luchará junto a su hijo por defender esos valores. Porque, quizá, los que están equivocados son los otros, los que juzgan sin saber, sin entender, sin amar.



27

El invierno es duro. Frío. Durante una semana la nieve cae y hace imposible la vida en el exterior de los hogares cálidos.

Durante ese tiempo, Isaías permanece en casa. Reflexiona sobre sus sentimientos sin la pasión irrefrenable del cuerpo de Cristina. Sobre todas las sensaciones desorbitadas que ha experimentado a su lado, parte de ellas provocadas por el recuerdo de lo que tuvieron de niños. La añoranza se ancla en su pecho y por momentos le cuesta respirar. Desea sentir felicidad todo el tiempo, desea respirar el aire fresco del campo y del cuello de Cristina. La calidez de su aliento y de su cuerpo ardiente de deseo entre sus brazos.

Luego, cuando puede salir, solo va a la tienda por encargo de su madre. Por no saber decir que no. La ve, la ve entre la gente, trabajando, seria. Triste. Y se le rompe el alma. Sabe que no podrá evitar lo que les viene si deciden estar juntos.

En el móvil, llamadas de Laura. Mensajes. Sin responder. La culpa y la pena. El dolor de comportarse como no quiere. Como no es. Hablaron una vez más, él sintió cariño, pero no la pasión irrefrenable y el convencimiento tranquilo que siente por Cristina. Laura ha sido el canal, el lago en cuyas aguas él encontró el deseo; Cristina es un mar en el que nadar libre.

Cuando el sol comienza a derretir con timidez la nieve, sale. Pasea por los campos embarrados, se distrae de todo con el silencio. La soledad le llega como bálsamo de lo vivido. No puede volver a lo de antes. No tiene la motivación ni las ganas que tenía cuando arrancó su camino como párroco. No tiene el interés. Tampoco el amor necesario para entregarse a los demás en el camino marcado.

Un arbusto de madroños le trae un recuerdo de su niñez. Aquel

día en el que, al salir de la escuela, Cristina se puso junto a la mata y comió el fruto hasta que no pudo más. Después, la ligera embriaguez y las risas de lo no experimentado. La bronca del carnicero y el castigo. Esa ausencia de días que le dolió.

Así se siente ahora. Quiere ver a Cristina y reír junto a ella. Ser los niños que fueron, ser lo adultos que son. Sentir el amor desde el refugio de una decisión madura.



28

Va a buscarla. Las miradas y los gestos que han podido cruzar durante este tiempo, ante las miradas atentas de quienes estaban presentes, no han hecho más que azuzar el deseo.

—Te he echado de menos —le dice ella cuando, al fin, están solos.

—Lo siento, necesitaba pensar, aunque yo también tenía muchas ganas de estar contigo a solas. —Le acaricia el brazo, el pelo, la estrecha contra su cuerpo y se acerca a sus labios. La besa. Primero con suavidad, luego con pasión. Se sonríen al separarse un poco para mirarse a los ojos. Ella pone su frente pegada a la de él, los ojos cerrados. Se respiran.

—He pensado que no es fácil para ti —dice él, de pronto, sin separarse. Pero abre los ojos y ve que ella también lo hace.

Ella retira la cara un poco para mirarlo bien.

—Como todo, ni una sola decisión en mi vida ha sido fácil. Desde que me casé y me fui a vivir fuera, hasta que tuve que volver, traicionada y dolida. Tan perdida que no sabía lo que quería.

Él le coge el rostro con las manos y retira dos mechones sueltos de su pelo para verla mejor.

—Siento que hayas tenido que vivir todo eso. Eres una mujer fuerte, te admiro.

—Eso ya da igual. Ha pasado.

—Pero no quiero que sufras más. Imagina cuando todos se enteren de lo que tenemos. Después de todo, ahora con el cura.

—A mí eso me da igual. ¿Crees que pueden hacerme más daño?

—Claro que pueden.

—No, si estoy contigo.

—Ahora piensas así, cuando vayas por la calle y cuchicheen, te

señalen…
—¿Cómo ahora? No me importa, Isaías. No me importa nada de lo que puedan hacer o decir. Me da igual. Ya lo hacen y lo han hecho. Ya he padecido demasiado tiempo por ese trato. Y no voy a sacrificar nada por ellos. ¿Tú me quieres?
—Pues claro. ¿Cómo me puedes preguntar eso?
—Yo quiero estar contigo, quiero verte feliz, quiero hacerte feliz. Solo quiero eso para ti, la felicidad. Y me gustaría estar a tu lado. Cuidarte, darte todo lo que necesites cada día, escucharte cuando lo necesites y esperar pacientemente cuando no quieras hablar, como durante este tiempo.
—Yo no quiero que tengas que soportar nada que no te guste.
—Somos distintos, mi forma de actuar cuando tengo un problema no es encerrarme, yo necesito contarlo, pero sé que tú has necesitado este tiempo, así que, aun con dolor, lo he esperado.
—No quería hacerte daño.
—Lo sé.
—Me gusta estar contigo. Quiero que vivamos momentos únicos.
—No podemos saber lo que ocurrirá, entiendo tus miedos, tus preocupaciones, tu afán de protección. Pero debemos esperar. Vivir. Sentir. La vida es eso, no es más.

EPÍLOGO

En la iglesia no cabe una aguja. Quién sabe si por alegría o curiosidad todos los del pueblo y algunos de los aledaños, han atendido la llamada de las campanas.

Isaías espera en la puerta, el brazo engarzado en el de Pepita, el sol de un atardecer rojo cayendo sobre sus espaldas.

Vamos, madre.

Entran.

Dos minutos después, ya en el altar, la música del órgano viejo suena desde la zona del coro. Cristina entra del brazo de su padre, precedida por un niño pequeño que corretea de aquí para allá y se vuelve a estirar a su madre del bajo del vestido blanco.

Isaías sonríe.

Cristina se colma y vuelca una risa nerviosa que contagia alegría, nervios, deseos cumplidos y por cumplir.

Llega a su lado y se miran de frente.

Coge a su hijo en brazos y ella le pone la mano en la espalda, acaricia esa espalda ancha de trabajar los campos.

En la puerta, marido y mujer se besan.

Al mirarse a los ojos no pueden esquivar la humedad en los ojos.

Ella pone la mejilla en la clavícula de él. Él acerca sus labios hasta su oído, sintiendo en la nariz el roce de su pelo.

Eres la tierra en la que quiero estar, la que quiero sembrar y cuidar. Eres el aire que respiraré y el agua que necesito para vivir. Eres mi amor y mi vida. Sosiego y algarabía. Luz.